

APUNTES SOBRE LA CONDICIÓN METAFÓRICA EN EL HABLA COLOQUIAL COSTARRICENSE



Catedral Metropolitana,
San José.

RESUMEN

Este estudio explora los usos metafóricos propios del habla coloquial costarricense que dominaron el imaginario sociocultural del siglo XX. Ofrece un inventario de metáforas, considera posibilidades de clasificación y las analiza desde un enfoque semántico discursivo. El objetivo principal es rescatar ese patrimonio cultural intangible costarricense.

PALABRAS CLAVES: metáfora, lenguaje coloquial, patrimonio lingüístico, imaginario social.

ABSTRACT

This study aims to explore metaphor in Costa Rican colloquial language which was present in the social imaginary during the 20th century. It contains a metaphor's inventory and proposes an attempt of classification and analysis focusing semantic and discursive aspects. The main purpose is rescuing this kind of intangible cultural Costa Rican patrimony.

KEYWORDS: metaphor, colloquial language, linguistic patrimony, social imaginary.'

Las formas de hablar cambian de una generación a otra, pero ¿adónde van las formas lingüísticas desplazadas?, ¿dónde queda su huella?

En el habla coloquial de la segunda mitad del siglo XX se escuchaban todavía expresiones muy floridas, cuya elaboración evidenciaba una particular capacidad metafórica, pero que hoy ya forman parte del léxico pasivo, de un patrimonio lingüístico empolvado y disperso por los rincones de la memoria de algunos cuarentones, cincuentones y de otros tantos mayorcitos. Sobrevivían aun como reminiscencias de la expresividad del lenguaje de inicios de siglo, cuando el espacio urbano y el rural no poseían grandes diferencias; constituían una suerte de herencia de los tiempos en que se podían plantear, en diversas situaciones sociales de la vida cotidiana, formas de interacción más familiares.

El ritual de saludo incluía circunloquios metafóricos de fuerte contenido expresivo: *¿Qué hace Dios de esa hermosa vida?*, en lugar de *¿cómo estás?*; *dichosos los ojos*, para manifestar complacencia con ironía; *me alegre de verlo*, para

**Alma Rosa
Aguilar**

Doctora en Ciencias del
Lenguaje
por la Universidad de Paris X.
Catedrática de la Universidad
Nacional,
docente e investigadora en
literatura.
almaraguilar@hotmail.com



Correos y Telégrafos,
San José.

despedirse; *que no se le pierda el camino*, para invitar a regresar a la casa.

También, en el lenguaje de la galantería de entonces, abundaban los circunloquios metafóricos elaborados y llamativos, como en aquella situación en que la dama agradece y el galán aprovecha para deslizar un cumplido: *¡Gracias!- ¡Las que le adornan!*

Las transformaciones culturales, sociales, económicas y tecnológicas inciden en el ritmo de vida; la cotidianidad se vive cada vez de manera más acelerada. Tal aceleración se manifiesta, también, en las interacciones verbales y así vemos cómo el lenguaje evoluciona hacia la simplicidad. Además, hoy, los nuevos canales de comunicación obligan a la creación de códigos abreviados en forma extrema.

En el contexto de la dinámica social, el cambio se asume como parte inherente a las formas de vida, por lo que la adaptación a lo nuevo resulta indispensable. Lo mismo ocurre con el lenguaje; las prácticas de socialización, según el contexto situacional, se instauran en aras de una comunicación eficaz.

Por ello, cabe echar una mirada atrás y, de alguna manera, rescatar para la historia de la lengua, testimonios de etapas o de estadios que corresponden a circunstancias históricas en las cuales predominaban códigos mucho más elaborados. Sin caer en aquello de que antes todo era más bonito, me propongo explorar y hacer un esfuerzo por sistematizar algunas construcciones metafóricas propias de buena parte del siglo XX, desaparecidas desde hace varias décadas y que, por constituir un fiel testimonio de las formas de comunicación de la época, se inscriben como parte del patrimonio intangible de nuestra cultura costarricense.

Ahora bien, los diccionarios de costarrriqueñismos y la obra literaria procuran vigencia referencial a ese acervo lexical pero, más allá de ese espacio, conviene también señalar aquellas expresiones metafóricas que soportaron el paso del tiempo y mantuvieron cierta vitalidad en diversos grupos etarios.

Mi reflexión apunta a analizar la condición metafórica prevaleciente en el imaginario social y manifiesta en algunas formas de decir, propias de una época en la cual la gente se tomaba un poco más de tiempo en los intercambios lingüísticos y así, quizá, se comunicaba más plenamente en sus relaciones interpersonales. Por esa vía, aspiro a rescatar y a guardar en estas líneas, los componentes de ese sistema conceptual subyacente en tantas expresiones metafóricas que encierran formas de ver el mundo, de percibir la realidad y, por ello, constituyen hoy parte esencial de nuestro acervo cultural y de nuestra identidad costarricense.

La metáfora y su contexto

Las investigaciones sobre la elaboración metafórica han revolucionado las concepciones clásicas, por cuanto centran su interés en los conceptos metafóricos sistemáticos que estructuran nuestras acciones y pensamientos. Es decir, el foco de interés es la metáfora como proceso de conocimiento.

En ese sentido, el estudio de la expresión metafórica en las manifestaciones cotidianas del lenguaje, reconocidas como propias de la identidad regional, resulta pertinente dado que permite profundizar en el estudio de los procesos de construcción de significados, del funcionamiento del sistema conceptual inconsciente y, por esa vía, descubrir ciertos lineamientos que subyacen tanto en el imaginario como en el comportamiento del hablante.

Me propongo, entonces, trazar aquí algunas pinceladas del habla coloquial costarricense. La forma de usar el lenguaje varía según los contextos sociales y las situaciones particulares. El registro coloquial es el resultado de circunstancias que propician usos espontáneos del lenguaje, el hablante se siente más relajado y libre de restricciones formales. Aunque la sintaxis, la fonética y el léxico son menos cuidados en el habla coloquial, este siempre es cercano al lenguaje estándar. Puede caracterizarse por la imprecisión lexical y por el uso de frases hechas o simples, también posee un componente fundamental: la imaginación creativa que da lugar a comparaciones, exageraciones e ironías que facilitan la comprensión entre los interlocutores. El habla coloquial, en su condición de testigo fiel de arraigados valores, es parte fundamental de la riqueza patrimonial intangible de la sociedad.

En general, el término metáfora convoca el discurso literario; es considerada un procedimiento propio de la imaginación poética. La construcción metafórica es un recurso expresivo que consiste en identificar dos términos o expresiones entre los cuales se establece alguna relación de semejanza. Uno de los conceptos es el literal y, el otro, se usa en sentido figurado.

No obstante, los usos del lenguaje revelan que el sistema conceptual ordinario, según el cual se organiza la información sobre el mundo, posee un componente metafórico muy fuerte: vivimos haciendo asociaciones, establecemos relaciones de identidad total entre dos seres, reflexiones o conceptos, de tal forma que para referirse a un término se utiliza el nombre de otro: *Métaphoriser c'est voir quelque chose de plus abstrait sous les traits plus concrets de quelque chose d'autre*¹.

Construir una metáfora es hacer comparaciones tácitas, definir un objeto en términos de otro sin explicitar nexo alguno. Desde la experiencia y la percepción de la realidad se activan puentes cognitivos para referir a un objeto, persona, actividad o situación en términos de otro, evocando sus características o su esencia.

Los estudios pioneros de Lackoff y Johnson², desde hace ya tres décadas, demostraron la fuerte presencia de la metáfora en el lenguaje común, en la vida cotidiana y en el pensamiento: nuestro sistema conceptual, en su naturaleza, tiene un fuerte componente metafórico. Según Lackoff (1985) existen conceptos metafóricos que organizan un sistema entero de conceptos, unos respecto a los otros. Las metáforas de orientación espacial estructuran un sistema conceptual muy amplio que refiere a la escala de valores socialmente reconocida: adelante, atrás, arriba, abajo, dentro, fuera, lo alto, lo bajo, lo abierto, lo cerrado, derecha, izquierda. Lo alto, lo abierto, lo derecho o diestro poseen connotaciones positivas: *la felicidad está en lo*



Banco Mercantil, San José.



Casa Presidencial, San José.

alto, estar en la cima de, volar alto, un alto puesto, la clase alta, una mente abierta, caminar derecho, un hombre derecho, ser diestro. Lo bajo, lo cerrado refieren a lo malo: bajos instintos, mente cerrada, algo siniestro.

En esa misma línea, la representación de la escala de las clases sociales recupera esa jerarquización: las buenas condiciones económicas definen la clase alta y lo contrario, las clases bajas. Desde esa perspectiva, la construcción de la realidad social reposa en un sistema conceptual.

Los conceptos que rigen nuestro pensamiento, estructuran lo que percibimos y las maneras de comportarse en el mundo y de relacionarse con los demás. Uno de los ejemplos utilizados por Lackoff para explicar en qué manera la metáfora estructura los actos que efectuamos, es el caso de: una discusión es una guerra. En una discusión se gana o se pierde, los que discuten son adversarios, se elaboran estrategias, se escogen líneas de defensa y ataque. Se ataca cada punto y se puede demoler una argumentación. A partir del concepto guerra y sus componentes, se construye una realidad, se determina el tipo de comportamiento de los interlocutores que participan en una discusión como si fuera una guerra.

Además de esos sistemas metafóricos relativos a sistemas conceptuales utilizados de manera inconsciente, desde la lingüística, las investigaciones contemporáneas

sobre la metáfora en el lenguaje común han dado cuenta de usos metafóricos incorporados en el acervo lexical de una comunidad lingüística. Se les denomina formas ya lexicalizadas y son también utilizadas de manera inconsciente: *la pata de la mesa, las faldas del volcán, al pie la montaña, un brazo del río, una calle ciega, un embotellamiento, una cabeza de ajos, María es mi mano derecha en la compañía.*

La metáfora en el habla coloquial

Tal y como se manifiestan en el habla coloquial, algunos ámbitos de nuestra experiencia cotidiana son particularmente fecundos a la elaboración metafórica. Identificarlos hurgando en la memoria y en las conversaciones cotidianas para descubrir sus características diferenciadoras ha constituido una aventura tan desafiante como placentera.

El punto de partida de esta reflexión se origina en torno a varias expresiones que siempre me han llamado la atención y cayeron en desuso hace ya varias décadas.

En el contexto de las interacciones sociales básicas, las etapas de apertura y de cierre del ritual conversacional ofrecen una rica gama de fórmulas para referirse a estados y a emociones de los interlocutores. Muchas veces escuché a mis tías iniciar un saludo diciendo: *Dichosos los ojos*, cuando llegaba una visita a la casa o al encontrar a alguien en una reunión social. Tal expresión metafórica constituye una metonimia, en principio, establece una relación parte-todo, destaca, en una parte del cuerpo, la manifestación de complacencia del anfitrión al saludar a un visitante. Saludar con una elaboración metafórica como *Dichosos los ojos* para resumir la alegría de ver a alguien denota, definitivamente, la prevalencia de ciertos valores sociales y, más aun, cuando los ojos tienen un simbolismo especial en el contacto humano.

Además de señalar alegría y valorar la presencia del interlocutor, esa expresión conlleva otros implícitos; deja ver que hace tiempo no vemos a esa persona y de paso despliega cierta dosis de ironía pues desliza una forma de reproche, lo que hace suponer una representación de las relaciones sociales. Y esa es una característica muy propia del habla coloquial.



Salón del Congreso,
San José.



Paseo Colón, San Jose

Una inferencia implícita similar se encuentra en la presuposición que encierra el circunloquio interrogante: *¿Qué hace Dios de esa hermosa vida?*, sustituto del *¿Cómo estás?* Al sustituir el estado normal de las personas por la obra divina, se establece una conexión que marca de entrada el pacto conversacional con un tono de amabilidad pero que, sobre todo, devela un rasgo cultural en la suposición que implica incluir una valoración previa del interlocutor basada en la creencia de la intervención divina para regir los destinos de los hombres.

Tales usos son testimonio de una época en la que la palabra fluía con la energía de las fuerzas propias y no como hoy, que se encuentra sujeta a las imposiciones tecnológicas y cautiva ante la tiranía de la imagen. Con ese código, había, entonces, hombres y mujeres de palabra, se daba palabra de honor, o sea, la palabra tenía un gran valor, se dedicaba más tiempo a sutilezas e ironías en el lenguaje porque también las interacciones sociales y familiares ocupaban un lugar significativo en la cotidianidad.

Y a partir de esas reflexiones, me di a la tarea de hacer un inventario de expresiones metafóricas que aún estaban frescas en mi memoria, y este intento por rescatarlas podría ser, quizá, el primer paso de un ambicioso proyecto de compilación analítica y de mayor sistematización.

Pese a que cualquier esfuerzo de clasificación podría resultar insuficiente, no deja de ser un fascinante desafío el intentar trazar algunos parámetros básicos de ordenamiento para organizar y profundizar en el estudio del imaginario social, que devela la condición metafórica del lenguaje cotidiano y sus estructuras subyacentes.

Aun a sabiendas de que las posibilidades del lenguaje son inagotables, para este propósito resultan de utilidad algunas categorías conceptuales, lingüísticas y discursivas básicas. Conviene, entonces, situar la reflexión sobre la metáfora en el plano conceptual y discursivo y, más allá de las restricciones de la lingüística de la palabra, considerar el nivel del sintagma y del enunciado. Las construcciones metafóricas pueden abordarse desde diferentes perspectivas: según algunas categorías conceptuales y las relaciones que se establecen entre los componentes; según ámbitos temáticos o espacios conceptuales; aspectos formales o sintácticos, semántico-cognitivos, pragmáticos y discursivos.

Para efectos de esta propuesta, planteamos algunas categorías de análisis para iniciar el estudio, y proponer algunos intentos de clasificación que serán completados ulteriormente.

1. Categorías conceptuales

De manera general, la condición metafórica en los usos coloquiales del lenguaje surge de la intención de establecer semejanzas para destacar e intensificar propiedades, atributos físicos y enfatizar la valoración positiva o negativa. Lo mismo ocurre al evocar estados, acontecimientos, procesos y acciones, entidades, objetos, físicos y abstractos, a sus propiedades.

Entidades y sus propiedades

La construcción metafórica, por su naturaleza misma, en el proceso de abstracción de la experiencia involucra, generalmente, dos categorías conceptuales fundamentales para construir la realidad. Es decir, que envuelve indisolublemente las entidades animadas y no animadas con sus propiedades. Así, uno de los ámbitos más fecundos es el de las apreciaciones de atributos físicos personales y la forma de referirse a las calidades individuales. En este apartado incluimos las que refieren a personas, objetos físicos y abstractos.

Antigua Biblioteca Nacional, San José.





Calle Estación Atlántico, San José.

Cuando se dice que alguien es *un roble*, se enfatiza la fortaleza física y de carácter, la capacidad para mantenerse firme e íntegro al enfrentar las adversidades, por lo que constituye una valoración altamente positiva.

Pero, al calificar con la palabra *indio*, en el ámbito costarricense estamos ante un caso muy particular. Expresiones como: *Se le salió el indio, no sea indio*, corresponden a una evocación estereotipada de rasgos de carácter distintivos de una etnia. Evidencia una visión muy propia del valle Central y, como es sabido, los estereotipos dicen más de quienes los profieren que de las entidades estereotipadas. Queda claro que más allá del contenido semántico, y considerando la dimensión pragmática de la expresión, se suma una connotación peyorativa que le asigna el grupo social. Un fenómeno similar ocurre con: *Ser un bombeta*, que refiere a la persona que se hace notar porque hace ruido, pero no por sus calidades, y, también, por lo general implica una visión del interlocutor.

Respecto a las entidades, podemos señalar una serie de metáforas: *ahuevado, chirote, pochotón, sorompo, sácalas, sampaguabas, picaflor*. *Ser un picaflor* es ser un tenorio, inconstante en asuntos amorosos. *Mamitas*, remite a debilidad de carácter y cobardía; supone un proceso de abstracción muy singular: se dice del niño que tiene una fuerte dependencia de la madre que corre siempre a quejarse con ella cuando tiene problemas en los juegos, por extensión, remite al adulto quien no ha superado esa etapa.

En algunos casos, la metáfora constituye un eufemismo impuesto por las reglas de cortesía. No se considera correcto señalar algo que al interlocutor le molestaría escuchar. Por ejemplo, cuando alguien gana peso nadie le va a decir directamente que está gordo. En su lugar dirá: *está pochotón, está rosadito, alentadito*, y un poco más irónico: *de rajar con la uña*.

Respecto a entidades no animadas a título ilustrativo solo citaremos unas pocas. La cazadora³: relaciona el hecho de recoger gente dispersa en un trayecto con la actividad de identificar y recoger presas, cazar. O, quizá, la relación inicial de elementos tan distantes surja de los colores del ave conocida como cazadora y los del bus.

Algunas relaciones, cuyo fundamento se encuentra en la conexión de imágenes de naturaleza muy diversa, no resultan tan transparentes: *una yuca*: una mentira, *una torta*: un lío, *una tanda*: una borrachera; *un berenjenal*: es un gran lío, una situación en extremo complicada; *una guaba*: una suerte.

Estados

En las interacciones sociales aparecen recursos metafóricos recurrentes en donde el sentido figurado de un término viene a identificar el término literal. Ante la pregunta: ¿Cómo está tu mamá? En lugar de contestar simplemente, muy bien, era común escuchar: *Ah, muy entera / maciza, o está llena de vida.*

Las asociaciones evocadas para indicar el buen estado de salud son de diversa índole pues cada una evoca un aspecto o un rasgo diferente del estado en sí. Entera, sugiere que no ha sufrido la erosión del tiempo; maciza, remite a la solidez y la fortaleza de una montaña; llena de vida, resume la energía y el dinamismo. Es interesante señalar que dichas metáforas tienen un carácter concesivo, pues se usan exclusivamente para personas mayores, de ahí que contienen un fuerte implícito: quizá, por la edad podrían no estar muy bien. Por el contrario, estar pochotón o chirote, que también remiten a la fuerza y la vitalidad, se usan para personas jóvenes o no muy mayores.

En ese mismo orden de actos de habla, ciertas construcciones poseen referente opaco, como en las interacciones: ¿Cómo le va? *¡Con toda la pata!*

Las expresiones relativas al ritual del saludo han evolucionado de manera muy significativa. Ya nadie está con *toda la pata, ni lleno de vida.* Pero, quizá, ahí se encuentre el origen de esa frase que se volvió identificadora de nuestro país y su pueblo por su intensa fuerza expresiva: *Pura vida.*

Otro ejemplo que devela esquemas sociales en la valoración de un hecho o actividad, cuyo referente es, quizá, un poco claro: *"Fue una actividad con todas las de ley"*, es decir, como debe ser, como Dios manda.

Estos casos refieren a condiciones positivas, pero la gama de referencias a los estados de situaciones difíciles incluye un amplio espectro: *estar hecho leña.* Así, para resumir y evaluar una situación negativa existe una serie de expresiones cuya vigencia es de larga data desde inicios del siglo pasado: *¡Qué vaina!* Una vaina es una molestia, contrariedad que no depende de la voluntad del sujeto. *¡Déjate de vainas!* Se le dice a alguien que está siendo excesivamente majadero. *¡Qué torta!* *Halarse una torta* es hacer una picardía, un gran lío, una tontería casi siempre por imprudencia y supone responsabilidad del sujeto. En estos ejemplos se aproximan elementos distantes y, aunque de manera general remiten a dificultades, no suelen ser utilizados indistintamente. Por ejemplo, *¡Qué clavo!*, o *se metió en un clavo*, evoca un conflicto casi siempre de índole relacional o legal, mientras que *una vaina* se refiere más a problemas de salud, familiares y afectivos.

Cada expresión, al recuperar imágenes de la experiencia, viste de matices diferentes los problemas: *Se metió en camisa de once varas*, *Un hueso con hormigas*, poseen una carga expresiva muy fuerte por el tipo de imágenes que evocan.



Estación del Atlántico, San José.



Hospital San Juan de Dios, San José

Acciones, acontecimientos y procesos

Las construcciones metafóricas relativas a estas categorías conceptuales, que gramaticalmente se expresan como formas verbales, suponen operaciones de abstracción de la experiencia muy complejas pues requieren la identificación de los múltiples rasgos susceptibles de ser asociados.

Al evocar relaciones de similitud entre acciones, acontecimientos y procesos se establecen relaciones conceptuales en las que la semejanza puede ser opaca o transparente. Aunque ciertos rasgos sean relativamente transparentes, identificar una relación metafórica siempre implica un esfuerzo de comprensión de la suma de todas las características de los conceptos que

componen las expresiones completas. Veamos los procesos de asociación siguientes: *En su fiesta de cumpleaños, el patrón tiró la casa por la ventana.*

Tirar la casa por la ventana significa ser espléndido o generoso. La comprensión de dicha construcción metafórica en toda su dimensión hiperbólica supone reconocer la interacción entre el proceso *tirar* y su entorno actancial, las dos entidades involucradas: *casa* y *ventana* y el nexos gramatical *por*. De la imposibilidad de realización del proceso propuesto por el vínculo gramatical con esas entidades, se desprende, por una operación de síntesis, el grado superlativo de esplendidez o generosidad del anfitrión. Además, la idea exagerada de desprenderse, incluso de la misma casa, puede incluir un fuerte contenido irónico y, también, una forma de censura a la ostentación.

En muchos casos la relación metafórica existente entre los términos que se asocian resulta un tanto opaca, así, por ejemplo: *cortar el rabo*: despedir a alguien, *agarrarlas del rabo*: tener apuros económicos, *ahuevarse*, *manda huevo*, *manda la parada*, *poner las barbas en remojo*, *mangonear*, son expresiones cuyo fundamento relacional no es evidente, el concepto vehiculado en el tenor así como sus características no remiten directamente a un significado inmediato.

Por el contrario, existen relaciones de analogía que permiten extrapolar situaciones de manera más directa, y así abstraer significación del sintagma verbal: *tirar el tapón*: explotar de enojo; *dar pelota*: coquetear, flirtear; *pasar la brocha*: adular. La relación se vuelve más directa cuanto más dominantes o estereotipadas sean las acciones o las características del concepto que funciona como vehículo. Así, de *lagartear* se desprende pasar mucho tiempo al sol; de *mariposear*, andar de flor, en flor, o sea, ser inconstante en amores. En el caso de *sapear*, se retiene la característica del sapo, animal de boca grande y la relación se establece porque el *bocón* es quien delata y acusa.

Algunas relaciones evocan las características del sujeto por medio de la acción que realiza: *agarrar de mona* sintetiza una situación compleja en la cual esos animales son obligados a representar acciones cómicas para entretener a un público, según la voluntad de un individuo. *Chuparse el dedo*: *fulanita no se está chupando el dedo*, quiere decir, no es tonta.

Existe gran cantidad de construcciones a partir de acciones verbales que, aunque su uso es poco frecuente, sobreviven actualmente: *dejarse de varas*, *mariquear*, llorar; *socar*, apurarse, *zafarse*, ir de *zafada*; *zafarse* de la escuela; *zafarse* un pie, dislocarse; "*zafarse los zapatos*", descalzarse; "*zafar el cuerpo*", sacar el cuerpo, evadir una situación, *zafar el lomo*, es eludir una obligación, librarse de una tarea. El de caso de *mariquear*: que refiere a llorar, implica una relación que se deriva *marica*, la relación parte de la asociación del estereotipo machista de que los hombres no lloran.

Ahora bien, un aspecto que ofrece pistas de trabajo interesantes y que esperamos abordar en la siguiente etapa, se refiere a las relaciones conceptuales. Entre los componentes de la metáfora se establecen relaciones de diversa naturaleza entre aquello a lo que la metáfora se refiere, el término literal, (el tenor) y lo que se dice, el término figurado (el vehículo).

Según el tipo de vínculo que establece la semejanza entre los conceptos que componen la metáfora se distinguen fácilmente relaciones partitivas y complejas; transparentes u opacas. Las relaciones partitivas establecen metonimias, por ejemplo, donde se evoca la parte por el todo o lo contrario: *chuparse el dedo: fulanita no se está chupando el dedo*, quiere decir, no es tonta. Así se evoca una de las acciones que supuestamente ejecutan las personas con limitaciones mentales. El proceso de síntesis consiste en conceder carácter definitorio a esa parte del total.

Las relaciones complejas implican procesos. Pueden ser de tipo causa por efecto, *andar alzado* por emborracharse; la actividad por el lugar de realización, actividad por el resultado: *alzarse la bata*, por pasear. Relativas a procesos: *se le iban los ojos*, *darle agua a los caites*, *tener abejón en el buche*.

Campo de deportes
La Sabana, San José.





Baños termales, Aguacaliente, Cartago.

2. Espacios conceptuales o ámbitos temáticos

Las metáforas también se pueden agrupar, para su estudio, en espacios conceptuales o ámbitos temáticos.

Las emociones

Los estados relativos al ámbito de los sentimientos y de las emociones son asociados a los conceptos estructurados por la orientación espacial: lo alto y lo bajo que existen en muchas culturas. *Andar por el suelo, andar volando bajo, estar en el sétimo cielo o en las nubes, de capa caída.*

Algunas configuraciones propias del imaginario social costarricense: *estar ahuevado, decaído; quebrar, terminar una relación; cabreado, estar enojado.*

Las virtudes

También el ámbito de las virtudes se estructura con el sistema de conceptos propios de la orientación espacial. La virtud está en lo alto, una persona de altos quilates, de ideales elevados; el vicio está abajo, una acción indigna es una bajeza; denigrar a alguien es ponerlo por el suelo o, por el contrario, señalar sus virtudes es tirarlo para arriba.

Entre las virtudes, encontramos que para señalar la bondad se dice que alguien bueno es *un pan*, o un *alma de Dios*; para destacar la inteligencia, es un *cerebro*, *una pipa*; un *baboso*, *sampaguabas*, para la falta de inteligencia. *Ser torcido*, es tener mala suerte o ser malvado.

Es curioso que existen expresiones muy fuertes para enfatizar la glotonería, la pereza, la avaricia: un glotón es un *estañón sin fondo* o un *lambuzo*; un avaro es un

codo. Cuando alguien tiene pereza: se le dice *quijada de arriba*, que es un *echado* o que se *le pasea el alma por el cuerpo*. Estos usos revelan una fuerte tendencia cultural hacia la censura y el moralismo.

La cuantificación.

Una amplia gama de la más diversa naturaleza conceptual se refiere a la cuantificación de elementos; su objetivo es intensificar una cantidad por medio de la indeterminación: un puño (un puño de monedas) en vez de un puñado, un cerro (un cerro de tortillas), reguero (un reguero de güilas), un aterro de comida.

Pero, también, se recurre a las cifras para construir una hipérbole con referencias numéricas; así escuchamos en tiquicia: *un millón de gracias, mil gracias, gocé ochenta, gozar miles*. Pero, también, para mostrar sentimientos se utiliza un término cuantitativo: *te quiero montones*. O un sustantivo sin vínculo aparente: *“me importa un comino”*, así, un sustantivo, sin relación lógica aparente, funciona como cuantificador, en realidad, de la pequeñez del grano se hace la conexión con el ínfimo grado de importancia.

El ámbito festivo

En el ámbito festivo abundan las metáforas que han logrado superar el paso de las décadas. Su uso, aunque quizá en algunos casos está restringido a un grupo etario, evoca la plena integración del hablante en la situación; se trata de imágenes producidas por representaciones de muy diversa naturaleza: *empinar el codo*, evoca una parte de la acción por la acción de tomar; *tomar un zarpe*, convoca la imagen marítima del barco que zarpa y la asocia con el hecho de tomar el último trago. Otro menos directo es *irse de pelón*, todavía vigente. En Costa Rica, al final de una fiesta todo mundo *toma zarpe*. Pero en la gama etílica, los bebedores también se clasifican según la cantidad y la frecuencia de la ingesta: así, *entran en calor, les gusta ponerse bonitos, andan picados, andan alzados, se montan en la carreta o se van de tanda*. Alzarse: *fulano se alzó de tanda*.

Situaciones diversas

En el ámbito familiar, ciertas palabras me llamaban la atención, muchas veces escuché la expresión: ¡Me tengo una jáquima! Nunca me atreví a repetir esa palabra hasta que decidí recurrir al diccionario. Y bueno, resulta que no era un invento, descubrí que una jáquima –brida para dominar al caballo a través de la presión ejercida sobre la nariz– evocaba una imagen muy reveladora y gráfica, o sea, una linda, metáfora para enfatizar la intensidad de una idea o situación agobiante, generalmente una deuda de dinero.

Varias conexiones entre la suma de las características físicas y de acciones del caballo organizan una serie de conceptos muy diversos los cuales se plasman en expresiones como el trote de un caballo. Dicha acción se asocia a la osadía o las actividades de juventud en la expresión: *Ya no estoy para esos trotes, ya no tengo fuerza ni entusiasmo para ciertas cosas*. Pero, por otro lado, resulta interesante decir a alguien: *no seas tan caballo o fulano hizo una caballada*, remite a la torpeza y a la falta de inteligencia. En fin, el espacio conceptual equino es sumamente fecundo y versátil pues, también, tenemos: *atravesar el caballo, echar el caballo, el caballo de batalla*.

Respecto a los grupos etarios, se utiliza una amplia gama de expresiones que remiten a imágenes de la experiencia vital circundante, de la percepción de la naturaleza, para calificar y particularizar las condiciones propias de cada edad. En cuanto a la vejez: *el roco y la roca*, rescatan no solo la supuesta imagen temporal sino las propiedades como la dureza y la resistencia que implica el soportar el paso del tiempo. Además, las épocas de la vida se asocian al proceso de maduración de las frutas, construcción

reveladora de la fuerte presencia de los ciclos naturales, parte vital de la experiencia en la configuración del imaginario y así surgen: *tierno, sazón, maduro, gelado*.

3. Aspectos formales

Desde el punto de vista de su estructura conceptual, la condición metafórica se plasma en el discurso de manera muy diversa; no se limita a un término para evocar otro sin que medie nexo alguno, como lo postula la teoría clásica de la metáfora⁴, sino que, en su elaboración, intervienen las construcciones sintácticas de orden superior a la palabra.

Así pues, en el habla coloquial, las metáforas pueden ser identificadas según el criterio sintáctico, siendo las más frecuentes: la función predicativa, la de complemento de sustantivo o modificador indirecto, la función de adjetivo calificativo. Estas tres clasificaciones sintácticas expresan las categorías conceptuales relativas a las entidades y sus propiedades.

La función predicativa

Veamos la metáfora más simple, sintácticamente hablando se trata de la función predicativa, donde el verbo copulativo ser + predicado verbal, es el que produce la metáfora. Ahora bien, esa categoría sintáctica implica, también, una relación semántica unívoca al establecer una semejanza entre términos semánticamente distantes. Se trata de una metáfora a partir del conocimiento de una entidad expresado en un sustantivo.

En algunos casos, las asociaciones resultan más evidentes en el enunciado: *Fulano es un cerdo*, se asocian las características físicas del animal, gordo, sucio pero, también, se asocian con condiciones morales: bajo o indigno. Igual en el caso: *Esa mujer es un roble*, se convocan las características positivas conocidas del roble: dimensiones, fortaleza, resistencia y firmeza ante las inclemencias.

En el caso de los animales, existen valores metafóricos generalizados a muchas culturas, y constituye una forma de sistema axiológico; se establece una relación con alguna característica del animal; es una forma de metonimia pues se designa el todo para enfatizar una cualidad positiva o negativa. Algunas relaciones son más explícitas que otras y guardan cierto carácter de generalización en diversas lenguas, entre ellas: *tortuga*; lentitud, *zorro*, astucia.

Pero algunas connotaciones son particularmente nacionales: el sapo, la vaca, el caballo, la yegua evocan la torpeza. *Yigüirro, pájaro*, afeminado; *sapo*, bocón y aunque la víbora es asociada casi universalmente aquí en Costa Rica, se usa *culebra, terciopelo*, para designar a la esposa.

El caso del perro es muy particular porque un hombre perro no es precisamente fiel; es una construcción metafórica que establece una relación irónica, o sea, que dice lo contrario.

Pero, en otros casos, el ejercicio de asociación es más complejo pues requiere de convocar características que no son evidentes, cuando decimos: *Esa alumna es muy pipa*, la asociación no resulta inmediata. En realidad, supone una operación compleja de evocación de una serie de características concretas: una pipa casi siempre es grande, la asociación a la inteligencia se fundamenta en la idea de que el tamaño del cerebro es directamente proporcional a la inteligencia; se puede agregar también su condición sólida y de poseer un contenido denso. Más complejo resulta todavía explicar el origen del sentido cuando se trata de convocar características de índole abstracta: *Pedro pasaba jugando fútbol en la plaza hasta el anochecer, era un fiebre*.

En función de adjetivo

Otras construcciones sintácticas más simples se basan en establecer relaciones metafóricas desde la función de adjetivo; supone contigüidad en la disposición de los términos: un *hombre torcido*, *Pedro es ya un hombre sazón*, *tierna edad*, *mujer madura*. También, aunque este tipo de construcción establece, básicamente, una relación inmediata puede realizar conexiones entre características y procesos semánticamente muy distantes como en los casos de *calle ciega* o *un asunto cocinado*.

El sintagma nominal

El sintagma nominal constituido por el sustantivo y un complemento de sustantivo –llamado complemento ad-nominal o modificador indirecto– asocia propiedades de diversa naturaleza según las experiencias culturales inmediatas. Ejemplo de esta organización sintáctica son las expresiones: *Mujer de la vida*, prostituta; *jupa 'e mazo*, cabeza grande; *un pelo de gato*, lluvia fina; *un mar de lágrimas*, llorar mucho.

En función de circunstancial de lugar, tiempo o modo tenemos expresiones como: *con abejón en el buche*, con una tristeza disimulada; *con pies de plomo*, con mucho cuidado. Esta combinación permite también enfatizar una característica específica.

El sintagma verbal metaforizador

Como vimos en el apartado de las categorías conceptuales, el sintagma verbal metaforizador vehicula acciones, acontecimientos, estados y situaciones. Produce elaboraciones muy ricas, establece relaciones complejas y da lugar a inventarios inmensos pues al asociar elementos que no guardan relación lógica posibilitan imágenes excepcionales: *metérsele el agua* y *correrse las tejas*, para referirse a la pérdida del juicio o locura; *salir por dentro*, *salir rascando*, refiere a salir perdiendo en alguna situación; *ponerse la camiseta*, por comprometerse con una causa. El caso de *regalar un bebé* por dar a luz sugiere los valores religiosos impregnados en la cultura costarricense; regalar un hijo puede ser una expresión con reminiscencias bíblicas pues los hijos son un don de Dios.

Asimismo, una serie de construcciones verbales en torno al término *pata* remiten a un fuerte énfasis expresivo: *meter la pata*, *parar las patas*, *ir a pata*, *llevarse entre las patas*, *zafarse las patas*.

Circunloquios o enunciados complejos

Respecto a los enunciados más complejos, nos interesan, de manera particular, los que constituyen construcciones hiperbólicas y la metonimia.

Las expresiones hiperbólicas son exageraciones del pensamiento que presentan desproporcionadamente cualquier hecho, situación, característica o actitud, ya sea por exceso o por defecto. Su objetivo es impactar; responden a la necesidad de plasmar una idea o una imagen con cierta fuerza. Abundan en el habla coloquial y, con frecuencia, además de llamar la atención, dejan ver la intención del hablante y su percepción sobre algo: *Se para el sol a verlo*, alguien o algo es tan hermoso que llama la atención de algo tan grande como el sol. O es comparable a la belleza de un sol en primavera en: *es un sol de primavera*. *Llueve a cántaros*: como si las gotas de lluvia fuesen tan enormes como un cántaro que vierte su contenido; así se guarda la imagen del contenedor para expresar la cantidad de agua contenida en él. Tales expresiones denotan la magnitud de algo y, de paso, admiración ante un prototipo de alguna especie. Pero, también, cuando se vislumbran rasgos humorísticos intensos o ironía, supone censura ante algún exceso, así se evidencia en: *se le va la mano*, *se le van los ojos*, *hablar por los codos*, *por el hueco de la nuca*, *hablar a grito pelado*, *meterse en camisa de once varas*, *metérsele al tren*.

La metonimia

La metonimia establece una forma de relación partitiva entre los conceptos. La parte por el todo: *el acero lo hirió de muerte*. Existen metáforas asociadas directamente a procesos de la experiencia y constituyen una forma especial de metonimia pues evidencian un proceso intelectual; establece más que una relación partitiva entre los términos que se comparan, como en: *alzarse la bata* y *empinar el codo*. En estos casos, por medio de una acción se evoca el proceso completo y su resultado.

Pero, en otros casos, se establecen más bien relaciones conceptuales complejas entre procesos pues la metáfora consiste en designar una actividad o una experiencia y rescatar el sentido de la acción final por medio de una parte del proceso; es una forma de resumir utilizando una parte del todo: *ponerse la camiseta*, *darle los veinte*, *estar de manteles largos*, *ir al dedo*, *ir volando* (ir muy rápido), *mano dura / pies de plomo*.

Funciones de la metáfora

Para concluir esta reflexión me refiero a algunos aspectos funcionales que hacen de la metáfora un recurso omnipresente en el habla coloquial.

Según hemos visto, desde el punto de vista semántico, la metáfora permite, mediante la evocación de una imagen: *María es un roble*, comprender mejor un concepto abstracto, enfatizarlo o destacarlo. Facilitar la comprensión de los significados forma parte de sus cualidades como recurso, de ahí sus implicaciones pragmático-discursivas.

Desde el punto de vista discursivo, evidencia la habilidad del interlocutor para integrar, de manera oportuna y pertinente, conceptos e imágenes evocadores en la conversación. También los circunloquios revelan de forma transparente la relación existente entre el objeto descrito y el objeto evocado y, por ello, se podría

suponer de una intencionalidad más evidente por parte del hablante, una especie de proceso creativo asumido.

Las construcciones metafóricas con sentido de réplica en un intercambio entre dos hablantes funcionan como estrategia de empatía pues denota el grado de atención y de involucramiento en una situación de comunicación.

Definitivamente, un recurso humorístico valorado en todo tipo de discurso. Dado el poder evocativo del juego asociativo de conceptos, la metáfora ha sido tradicionalmente explotada como recurso persuasivo en los discursos político y publicitario. El eslogan "*techo para todos*", supone una metonimia, la



Muelle United Fruit Company, Puerto Limón.

parte evoca el todo, techo/casa; posiciona una idea pero no implica un compromiso: no es lo mismo que vamos a entregar una casa para cada familia que la necesite. En muchos casos constituye también un recurso al servicio de intenciones específicas y una excelente estrategia de persuasión y de seducción.

Desde el punto de vista cognoscitivo, y entendida como proceso de conocimiento, la metáfora ocupa un lugar central en nuestro sistema de pensamiento y lenguaje; supone una categorización conceptual de nuestra experiencia vital. Construir una metáfora implica realizar operaciones cognitivas diversas y complejas: identificación y análisis de conceptos, condensación de conceptos y experiencia para establecer su adecuada asociación y construir así el fundamento de la metáfora.

Para que una metáfora sea pertinente desde el punto de vista pragmático requiere del hablante la capacidad de adecuarlas a una situación. Además, supone una operación de síntesis pues es el resultado de una comparación abreviada o más una identificación, de ahí su carácter conclusivo. Por ejemplo: *Fulano anduvo con fulana, zutana y mengana, en fin...un picaflor*. El término picaflor es pertinente, funciona como cierre conceptual abreviando también la exposición, pues a partir de una serie de hechos se llega a concluir una característica de personalidad. Esto tiene implicaciones desde el punto de vista discursivo: en una situación de comunicación se debe señalar la etapa de conclusión del intercambio, así, al sintetizar, con frecuencia la metáfora cierra una descripción o una situación

La metáfora enfatiza un significado; permite al hablante resumir y, a la vez, hacer economía de palabras, con lo que se evita el problema de la granularidad semántica. Esto es, inventariar y convocar una serie de proposiciones que se encuentran implícitas en el acto de condensación metafórica.

Por otra parte, la metáfora, como rasgo distintivo de una cultura, permite a sus miembros crear sentido de identificación y de pertenencia y, por ende, es puerta de entrada al imaginario de cada cultura. Pero, sobre todo, en el repertorio de metáforas recogido para este estudio, se vislumbran algunas características de los procesos de construcción de conocimiento propias del costarricense: los espacios conceptuales más propicios, diferentes formas de plasmar la percepción de la realidad, y también, la estructuración de la realidad a partir de sistemas de conceptos.

Pero, además, en el uso consciente de la metáfora, de alguna manera se cumplen algunas de sus funciones poéticas, ya que denota el placer de la palabra que experimenta el emisor seducido por su magia imitativa y su fuerza expresiva. Por esas razones, muchísimas expresiones metafóricas que vieron la luz a inicios del siglo pasado persisten en la actualidad. Optar por la metáfora es optar por un juego de imágenes y de conceptos y, mediante sutilezas e ironías, enfatizar significados pero, a la vez, dar mayor colorido a la comunicación. Y, de esta forma hemos realizado un breve periplo en pos de esa magia imitativa propia del imaginario social costarricense.

Notas

1. Paul Ricoeur. (1982). *Imagination et métaphore*. *Revue de Psychologie Médicale*, 14.
2. G. Lacokff y M. Johnson. (1985). *Les métaphores de la vie quotidienne*. Paris: Les Editions de Minuit.
3. **Cazadora**. Pajarillos muy vivaces y de bonito plumaje.

4. Una de las insuficiencias de la teoría clásica de la metáfora es que está ligada a una lingüística de la palabra mientras que las relaciones metafóricas se establecen en el conjunto del sintagma. François Rastier. (1987). *Sémantique interprétative*. Paris: Presses Universitaires de France. pp. 175-6.

Bibliografía

- Lacokff, G. & Johnson, M. (1985). *Les métaphores de la vie quotidienne*. Paris: Les Editions de Minuit.
- Lerot, Jacques. (1993). *Précis de linguistique générale*. Paris: Les Editions de Minuit.
- Quesada P., Miguel A. (2007). *Nuevo Diccionario de Costarriqueñismos*. Cuarta edición. San José: Editorial Tecnológica de Costa Rica.
- Ducrot, O. & Schaeffer, J. M. (1992). *Nouveau Dictionnaire Encyclopédique de Sciences du Langage*. Paris: Ed. Du Seuil.
- Rastier, François. (1987). La théorie de la métaphore. In *Sémantique interprétative*. Paris: Presses Universitaires de France. pp. 175-177.
- Ricoeur, Paul. (1982). Imagination et métaphore. *Revue de Psychologie Médicale*. 14.